

Agustín Cuevas dice que a veces se siente «mono» y mira hacia el pasillo. «Cuando se me quedan mirando, me dan ganas de decirles: 'Esto es el metro, no es el zoo'. Entre él y los que lo observan, hay unos 10 metros, depende de donde Agustín esté parado. Agustín trabaja detrás de la barra del bar Metro 2, en la estación de Passeig de Gràcia. Antes de las obras, por ese pasillo caminaban 500.000 personas; ahora son menos, pero el flujo de gente es continuo.

El Metro 2 es uno de esos bares en los que el reloj se paró cuando cantaban Los Sírex y que Joaquín Sabina podría loar en sus letras. Por lugares como este, cazadores de tendencias y gurús varios ponen a Barcelona por las nubes. Y, por microcosmos como este, los barceloneses seguimos pensando que aún quedan lugares auténticos en la ciudad. Claro que el Metro 2 está en el subsuelo.

Dice Agustín que él cogió el bar hace 13 años, que ya lo conocía porque era cliente, que trabajaba en el paseo de Gràcia en un restaurante y que las baldosas verdes ya estaban. La pared amarilla es cosa suya. «Es más psicotrópico», dice y se la mira. «Algunos clientes opinan que si fue-

A PIE DE CALLE



CATALINA
Gayà

Un café a algunos metros bajo tierra

XAVIER GONZÁLEZ



►► El interior del Metro 2, en la estación de Passeig de Gràcia.

ra de otro color no vendría tanto loco». Se ríe de nuevo. En este bar, también hay esa parroquia habitual que bromea y comenta la vida, la que pasa a paso apresurado a unos metros y la que discurre arriba.

Dice Agustín que hay quien baja a su bar porque los precios al sol son los del paseo de Gràcia y hay quien se hace cliente porque cada día toma la línea verde. «Tenemos clientela que viene de Tarragona o de Girona, y mucha gente que va al Vall d'Hebrón, y solo faltaría que esa pared fuera blanca», reflexiona, y cobra a un cliente una cerveza. Lo despide con un: «Hasta mañana».

No sé cuántas décadas tendrá el Metro 2. En el Metro 1, nueve metros de bar al otro lado del pasillo y en el que un señor me ha recomendado que lea a Antonio Machado, Verónica, la propietaria, me ha dicho que su abuelo, por allá de los 60, ya estaba detrás de la barra. Ella estudió empresariales y me ha recomendado que vaya al Metro 2 porque ya salió en un libro.

Agustín señala el jamón y dice que hasta al jamón toman fotos. Dice que los japoneses le piden que se aparte. «Mejor llevarse dos piezas que una», dice que les espeta y se ríe.

No sé si los japoneses lo entenderán, pero como el hombre es de risa fácil seguro que acaba en todas las fotos.

«El café, lo tenemos a precio de barrio, a 1,10. Es un bar de barrio, pero estamos en el paseo de Gràcia. Ahora piden muchos cafés para llevar». Mira hacia el pasillo: «Aquí siempre tengo 10 metros enfrente. Cuando salgo a la calle, digo: 'Qué grande es el mundo».

«El café es a 1,10 €.
Este es un bar de
barrio, pero estamos
en el paseo de Gràcia»

Salgo a la calle. Hay cafeterías de esas que están en todas las calles del mundo y que ya han bajado al metro de esta ciudad y al de Madrid o al de París. Mientras he hablado con Agustín, me he olvidado del pasillo por el que pasa el mundo. Regreso: los transeúntes bajan los escalones a paso rápido. Algunos aminoran la marcha cuando ven el bar. Todos miran hacia dentro del bar. ≡

cgaya@elperiodico.com